

## Palmira, SOS

Carlos LARRINAGA

Historiador

El pasado 21 de mayo saltaron todas las alarmas al conocer que los milicianos del Estado Islámico se habían hecho con el dominio del impresionante yacimiento arqueológico de Palmira. Tras resistir varios días, el Ejército sirio no pudo aguantar el embate de los terroristas, viéndose obligado a abandonar la ciudad a su suerte. Enseguida colocaron su bandera negra en la fortaleza mameluca del siglo XIII, que, sobre una colina, domina la zona, y clausuraron el museo arqueológico. Con los precedentes iraquíes de Hatra, Nimrud y el Museo de Antigüedades de Mosul, los presagios, pese a los llamamientos internacionales, no son demasiado halagüeños. No voy a incidir en la pérdida que supondría para el patrimonio y la cultura mundial la destrucción de las que son posiblemente las mejores ruinas helenístico-romanas del Próximo Oriente. La verdad es que, como ex arqueólogo, no lo quiero ni imaginar. Si bien me da la sensación de que ese rasgado de vestiduras que hacen algunos ante semejante posibilidad es pura pose. Mucho me temo que hasta ahora ni siquiera habían oído hablar de la Perla del Desierto, pero, evidentemente, queda fenomenal en estos momentos hacer grandilocuentes declaraciones ante la opinión pública. Es por ello que me interesa centrarme aquí en el análisis político de una acción como ésta.

Qué duda cabe que la caída de Ramadi, en Irak, unos días antes supuso una enorme victoria para el EI. Situada únicamente a unos 100 kilómetros de Bagdad, con su conquista la práctica totalidad de la provincia de Al Anbar ha sido arrebatada por los yihadistas. Lo que puede interpretarse como un estrepitoso fracaso del Ejército iraquí y de la propia coalición encabezada por los Estados Unidos. A unos 30 kilómetros de Ramadi se encuentra la importante urbe de Faluya, de mayoría sunita, también en la jurisdicción de Al Anbar y puerta de acceso a la capital de Irak. Incluso, la toma de Ramadi supone asimismo una amenaza sobre Kerbala, la localidad santa de los chiítas, mayoritarios en el país. Ante semejante panorama no son de extrañar las críticas que está recibiendo el gobierno de Obama en este asunto, trasladadas a su vez al ejecutivo iraquí. Tenía razón el presidente norteamericano cuando afirmó que la guerra contra el EI iba a ser larga, aunque la situación parece indicar que ya es ahora de plantearse una nueva estrategia en la región. Por lo que se ve, las tropas regulares no son capaces por sí solas de luchar contra los yihadistas. Ni siquiera la ayuda de los combatientes kurdos y de las milicias de voluntarios chiítas, asesoradas por Irán, es suficiente. Lo cual apunta a que exclusivamente con los bombardeos de las naciones aliadas no es posible detener los avances del EI. Cada vez resulta más necesaria una intervención militar terrestre por parte de los coaligados que contribuya a poner freno a las victorias enemigas. Desde luego, no le falta razón a Teherán en este punto.

El posesionarse de Ramadi y de Tadmur (la metrópoli moderna levantada junto a la antigua Palmira) pone de manifiesto la fuerza de que goza en estos momentos el EI. El llamamiento de su líder, al-Bagdadi, para que todos los musulmanes del mundo se unan a su causa, parece que está surtiendo efecto. De esta forma ha conseguido ejercer su caudillaje sobre un buen pedazo de Irak y sobre prácticamente el 50% de Siria, según datos del Observatorio Sirio de Derechos Humanos. En consecuencia, el EI ha logrado la continuidad territorial, habiendo hecho desaparecer las fronteras entre ambos estados. El último puesto fronterizo que todavía estaba controlado por el gobierno de al-Asad, Al-Tanf, ya está bajo su autoridad. En este sentido, el triunfo sobre Tadmur es de una importancia estratégica fundamental. Primero, desde una perspectiva geográfica, por su propia ubicación en el centro de Siria. De ella parten dos carreteras muy sensibles: la que va a Homs (escenario de una de las más encarnizadas batallas de la guerra civil siria) y la de Damasco, a 240 kilómetros. Tadmur cuenta igualmente con un aeropuerto que podría ser utilizado por los propios guerrilleros. Y segundo, desde un punto de vista energético, pues en las proximidades de Palmira se localizan ricos yacimientos de gas que hasta la fecha habían servido para el abastecimiento del régimen. Con ellos el EI completaría sus fuentes de suministro de energía, una de sus principales vías de financiación.

Por eso y en un contexto como éste, el seguir insistiendo en la tesis de no querer colaborar con el régimen sirio por considerar a su presidente, Bashar al-Asad, un dictador sanguinario no me parece razonable. En estos momentos a la coalición internacional, y a EEUU en particular, no le queda otro remedio que ayudar al Ejército de Siria a combatir a los yihadistas si no quiere impedir un progreso aún mayor de sus posiciones. La resistencia que está ofreciendo en los alrededores de Tadmur para evitar su adelanto hacia Homs y Damasco debería verse reforzada con ayuda militar exterior. Si no, corremos el riesgo de que ese macabro trapo negro de los terroristas ondee en otras poblaciones sirias, siendo responsabilidad de dicha coalición y, en especial, de Washington, que no termina de dar el paso definitivo. Ya no vale la hipocresía diplomática de mandatarios como Hollande, por ejemplo, dispuesto a hacer pingües negocios con los regímenes tiránicos de la Península Arábiga y a no colaborar con al-Asad ante los fanáticos del EI, financiados en un primer momento por ciertos ricachones qataríes. A este respecto, el presidente francés no tuvo ningún empacho en asistir como estrella invitada a la cumbre del Consejo de Cooperación del Golfo del pasado 5 de mayo. Por primera vez un Jefe de Estado occidental participaba en un acto de este tipo y, claro, con tantos millones de euros en juego, no se pudo resistir. A pesar de estar rodeado de grandes pisoteadores de derechos considerados elementales. No son de recibo, por tanto, determinados recelos hacia Damasco cuando lo que viene es muchísimo peor: la barbarie yihadista. El SOS lanzado sobre Palmira debería hacer pensar a estos dirigentes que tienen el poder en sus manos que, si no lo utilizan en la dirección correcta, serán culpables indirectos de las atrocidades cometidas por el islamismo radical. Occidente se juega demasiado para andar con tales titubeos...

26 de mayo de 2015

Publicado en *El Diario Vasco*, 8 de junio de 2015, p. 18